

ECUADOR

Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editor: Fredy Rivera Vélez
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 45

ECUADOR: US\$ 15,50

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 15

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 5,50

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

PuntoyMagenta

DIAGRAMACION

Martha Vinuesa

IMPRESION

Albazul Offset



ISSN-1012-1498

ECUADOR DEBATE

72

Quito-Ecuador, diciembre del 2007

PRESENTACION / 3-8

COYUNTURA

Regreso del Estado y liderazgo político fuerte. Un diálogo sobre la coyuntura / 9-20

El juego de papeles y la auditoría de la deuda interna y externa / 21-26

Wilma Salgado

Conflictividad socio-política Julio-Octubre 2007 / 27-32

TEMA CENTRAL

Ciencias Sociales o "aparatos ideológicos de mercado" ¿qué hacer? / 33-60

J. Sánchez-Parga

Los estudios sobre la historia de la clase trabajadora en el Ecuador / 61-80

Hernán Ibarra

Ciencia económica: Imperialismo contra descolonización / 81-84

Jürgen Schuldt

Siete aportes de la Investigación Sociológica de Bourdieu / 85-100

Luciano Martínez Valle

Etnográficas sobre Drogas, Masculinidad, y Estética / 101-134

X. Andrade

Naturaleza y cultura. Un debate pendiente en la antropología ecuatoriana / 135-150

Alexandra Martínez Flores

Los Andes: la metamorfosis y los particularismos de una región / 151-170

Heracleo Bonilla

DEBATE AGRARIO

Las estrategias de conquista del agua en el Ecuador, o la historia de un sempiterno comienzo / 171-186

Christine Recalt

ANÁLISIS

Política exterior democrática, sociedad civil y diplomacia / 1887-204

Javier Ponce Leiva

El matrimonio entre Pachakutik y la UNORCAC en Cotacachi:

¿Una alianza rara? / 205-230

Rickard Lalander

RESEÑAS

El fin del petróleo / 231-234

Guillaume Fontaine

Estudios Culturales Latinoamericanos, retos desde
y sobre la región andina / 235-238

María Fernanda Moscoso y Juan Carlos Jimeno

RESEÑAS

EL FIN DEL PETROLEO

Paul Roberts (2004), Barcelona, Ediciones B, 500 p.
Guillaume Fontaine

En el momento en que los demócratas de los Estados Unidos han encabezado, al parecer, la cruzada mundial contra el cambio climático, quizá no es inútil leer (o releer) el ensayo del periodista Paul Roberts, publicado a finales del 2004 bajo el título llamativo de *El fin del petróleo*. En efecto, cuando se reactivan las recetas del “charity business” (como eran los megaconciertos contra la hambruna y la sequía en Somalia, o para la liberación de Mandela) para salvar nuestro planeta, y mientras el *marketing* verde de Albert Gore desemboca en otras recetas de buen consumo para ciudadanos “añiados”, vale la pena analizar las otras “verdades incómodas” de las que nos advierte Roberts en un lenguaje perfectamente claro, con información muy actualizada. Empezando con la tesis central del libro: el cambio de matriz energética es imprescindible para el mundo contemporáneo... pero no estará para mañana. Aunque parezca un turismo, este argumento es de lo más complejo, tan complejo como los factores causantes de la crisis energética y ambiental global.

Hace ya dos décadas, algunos economistas anunciaron el paso del mode-

lo de desarrollo imperante hacia un modelo postpetrolero. Esto podía sonar audaz, especialmente para el Ecuador, recién entrado a la era de los combustibles fósiles a inicios de los años setenta. Ciertos argumentos para sustentar esta advertencia son tautológicos, todos son pesimistas: puesto que los hidrocarburos son recursos no renovables, tienden al agotamiento cuando se los extrae; puesto que los mercados abastecedores se ubican en países del Sur, y los consumidores en países industrializados, la economía del petróleo (y del gas natural) genera una dependencia externa excesiva; puesto que las tecnologías de refinación son costosas, los países productores tienen que endeudarse para adquirirlas, ceder algo de su soberanía para atraer inversiones extranjeras, o aún contentarse con exportar petróleo crudo e importarlo refinado, lo cual en todo caso, ahonda el dualismo entre ricos y pobres (interna y externamente).

Si bien, el argumento de Roberts radica en que todos, ricos y pobres, debemos prepararnos a semejante cambio, su razonamiento no cae en la retórica de lo “ecológicamente correcto”. En lugar de ello, se esfuerza por darnos una visión comprensiva de las causas, con-

secuencias y remedios de la crisis en la cual el mundo se ahonda cada vez más. He aquí la segunda verdad incómoda: si bien es cierto Estados Unidos tiene la culpa por consumir una cuarta parte de los combustibles fósiles para abastecer su mercado interno, esto no es lo peor... De hecho, algunos movimientos llevan años enfrentándose con los malos hábitos de consumo del país de Rockefeller, y hasta cierto punto, muchos están conscientes de que la dependencia externa por el abastecimiento del oro negro no hace sino empeorar, pese a los intentos de George Bush Jr. *et alii* de tranquilizar su electorado y el lobby militar-industrial que apoya tradicionalmente a los republicanos.

Desde la caída del muro de Berlín, las economías emergentes han emprendido una carrera descabellada para emular el modelo de desarrollo industrial que ha garantizado la hegemonía de Occidente sobre la economía mundial. Ahora bien, éste se basa casi exclusivamente en una matriz energética dependiente de los hidrocarburos. Aquellos intelectuales que ven en este fenómeno una manifestación deletérea más de la globalización confunden con demasiada prisa el sueño americano con la pesadilla neoliberal. Si los mil trescientos millones de chinos, mil cien millones de indios, y ciento cincuenta millones de rusos quieren carros, casa propia, equipos electrónicos, ropa sintética y comida rápida, difícilmente se puede echar la culpa a Von Hayek o Fukuyama.

Sucede que sus países – China, India y Rusia – representan entre ellos una amenaza mucho mayor para el clima

global que el conjunto de los países de la OCDE, precisamente porque sus ciudadanos aspiran a un estilo de vida basado en la satisfacción de estas necesidades y deseos. En otros términos, la revolución industrial que inició con la era del carbón, en Inglaterra y Francia en los siglos 18 y 19, y siguió con la era del petróleo en Estados Unidos en la segunda mitad del siglo 20, aún no termina en Asia Menor y los países de la ex Unión Soviética. Ello tiene una incidencia directa y duradera sobre la geopolítica del petróleo, en particular porque el poder de Arabia Saudí y los países de la OPEP no deja de crecer, pese a las guerras del golfo y los esfuerzos de la diplomacia musculosa estadounidense para controlar las mayores reservas mundiales de crudo.

Con todo, queda clara una tercera verdad incómoda, y es que el mercado mundial de los hidrocarburos sigue y seguirá siendo por un buen tiempo orientado por la demanda. Ello tiene una consecuencia mayor para la lucha contra el cambio climático, y es que ningún país está en condición de incidir sobre las emisiones de gases invernaderos por sí solo: ni los Estados Unidos, ni el Ecuador. Por ejemplo, decidir una reducción unilateral de la producción en un determinado país, trae inmediatamente como consecuencia el desplazamiento de la demanda hacia los demás productores – en este caso Arabia Saudí, Irak y Venezuela – cuya capacidad de producción no está saturada por el momento.

Ante esta situación, ¿cuál es el futuro de las energías “alternativas”? El panorama es bastante contrastado, por

un lado porque detrás de este vocablo se esconden problemas tecnológicos y económicos muy disímiles, por el otro porque el éxito de algunas estrategias de nicho puede confundirnos si se lo extrapola para anunciar la era "postpetrolera". Roberts nos recuerda cómo las aplicaciones de la pila de hidrogeno a la fuerza automotriz siguen dependiendo de decisiones costosas, tanto económica como políticamente. Tras el auge de la investigación y desarrollo que marcó la primera mitad de los años noventa, las inversiones privadas han decrecido brutalmente, pues el capital de riesgo no encontró ahí las ingentes ganancias que anunciaban las denominadas "start-up", y se fue por otro lado.

Las perspectivas para otras fuentes de energía renovable, como la biomasa, y la energía solar y eólica son más alentadoras, aunque su aplicación se limita principalmente a usos domésticos y automotrices. Algunos países europeos ya entraron en una estrategia agresiva de sustitución de hidrocarburos por fuentes eólicas, agrocombustibles y solares, a costa de altos niveles de inversión e impuestos indirectos. Indudablemente, tienen interés en ganar mayor participación en los mercados energéticos y juegan un rol decisivo en la evolución de la regulación – especialmente la fiscalización ambiental – al nivel de la UE. No obstante, aún falta mucho para que las tecnologías que requieren se vuelvan competitivas por economía de escala, y compitan con los hidrocarburos para países más pobres.

Al fin y al cabo, las respuestas a la crisis energética y ambiental global no son muchas: pragmático, Roberts identi-

fica tres ámbitos en los cuales los cambios se darán en los próximos años. A mediano plazo, el gas natural seguirá siendo un paliativo al decrecimiento de las reservas mundiales de petróleo. De hecho, es el sector que mayor interés suscita de parte de la industria petrolera, desesperada por reponer sus reservas probadas a medida que la demanda sigue creciendo mientras decrecen los grandes descubrimientos. En este sector, América Latina recibe una mención especial, por sus crecientes relaciones comerciales con Estados Unidos, Canadá y México. Sin embargo, la creciente facilidad de transportar el gas natural líquido (GNL) a cualquier parte del mundo abre el horizonte hacia el sureste asiático. Y resulta ser el medio más seguro para pasar la transición hacia una nueva matriz energética.

El segundo medio para enfrentar esta crisis, consiste en asumir el problema de la eficiencia energética como un problema político. Ello significa revertir la tendencia observada en Estados Unidos desde las décadas de los ochenta y noventa, donde los gobiernos abogan a favor del consumo sin restricción y se olvidaron de los esfuerzos consentidos en los setenta a favor de la conservación. Para los consumidores, se trata también de revertir la tendencia hacia el consumo ostentoso – carros grandes, casas grandes, etc. – que aniquila los beneficios de la creciente intensidad energética permitidos por unas tecnologías, procesos y bienes de consumo o de producción cada vez más eficientes. Es ahí donde más se oponen demócratas y republicanos, como lo ilustra el "efecto Al Gore" y la polarización del debate sobre el cambio climático, que remite a

la tradicional discusión sobre el rol del Estado y del mercado en las políticas públicas.

Precisamente, es aquí donde radica el tercer elemento de respuesta a la crisis energética y ambiental global: el rol del mercado en el cambio de matriz energética. No solo se trata de los incentivos fiscales para estimular la investigación y el desarrollo en energías al-

ternativas. Lo que está en juego es también la integración de los costos ambientales a los precios del mercado, de modo que éstos se reflejen en el precio del petróleo y de sus derivados. Solo en este sentido se puede aplicar una estrategia de valoración de servicios ambientales, en países con recursos biológicos abundantes como el Ecuador.